



EL BOTÍN

Enrique Medina

Cada vez están más cerca, no lo gro darles esquinazo. Tengo que llegar al Mercado del Val, y allí ya encontraré la manera de despistarlos ¡Ya estoy! Por fortuna, el mercado está lleno y es más fácil camuflarse. Tras un rápido e intenso vistazo, diviso un puesto con el cierre a medio echar, lo que aprovecho para colarme en él. Contengo la respiración, cruzo los dedos, rezo lo poco que me acuerdo del colegio. Cuando considero que ha pasado el tiempo suficiente para que los dos inspectores maldigan su suerte y se caguen en mis antepasados, enciendo el mechero para ver la hora ¡No puede ser, las 22,30! Estaba tan agotado que me he quedado dormido. Pese al imponente silencio, no me decido a salir. Junto a mí hay un interruptor que no me

atrevo a pulsar por si hubiera algún vigilante dentro del recinto.

¡Qué sea lo que Dios quiera! Si hay un segurata, me hago con él. Enciendo la luz, y mis sentidos. No parece que tenga compañía. Observo detenidamente el puesto y parece evidente que lleva cerrado una buena temporada. Apoyo el pie derecho para saltar hacia el exterior y me hundo un poco. Parece como un doble fondo del puesto, el lugar adecuado para guardar, mejor dicho, ocultar, cualquier cosa.

Reflexiono un momento y decido que es un magnífico lugar para esconder momentáneamente los 500.000 euros del butrón al banco de esta mañana. Me pierdo un par de semanas, y cuando la cosa esté más calmada me acerco a recuperarlo.

¡Transcurridos dos días, en los que he estado debidamente 'guardado', opto por ir a tierras más

tranquilas. A tres kilómetros de Ávila, soy consciente de que la suerte se acaba de ir a buscar a otro, y a mí me deja tirado, porque el picoletto del control decide indicarme la cuneta.

De ahí a Villanubla en tan solo tres días, tras el correspondiente paso por el juzgado. A ver si logro que el picapleitos me saque pronto para recuperar la talegada que tengo guardada en el Val.

Cinco años más tarde, julio de 2012

Me sueltan del talego y lo primero que hago es coger un taxi que me lleve a recuperar mi pasta.

— Perdona, le he dicho al Mercado del Val

— Este es.

— No, el Val es más grande.

— El antiguo está de obras, comenzaron ayer, este es provisional hasta que se termine la remodelación del viejo.

Maldigo mi suerte y decido ir al lugar de mi botín oculto, a ver si hay alguna posibilidad de recuperar lo que me ha costado cinco años sin libertad. Una pequeña valla de obra me separa de mi tesoro. Cuando voy a saltar, alguien me recrimina la acción.

— ¿Qué hace? ¿Dónde va?

Dos seguratas, acompañados de un pastor alemán con cara de tener hambre, están justo a mi lado.

— Nada, nada, perdonen. Acabo de volver a Valladolid, y me ha chocado ver el mercado vallado.

— Pues ya lo ve. Andando

Caigo en la cuenta que hoy es sábado y los albañiles no trabajan. El lunes intentaré pasar desapercibido entre los trabajadores y a ver si soy capaz de recuperar lo que es mío.

Con el poco dinero que me han dado al salir del trullo tengo que sobrevivir hasta el lunes, como mínimo. De repente me acuerdo de mi amiga Mary y su hermano 'El Cuco'. Espero que no estén presos.

Después de un rato de bus, recalco en Simancas. Tengo que orientarme porque en estos años ha cambiado un montón. Doy un par de vueltas hasta que decido preguntar por la dirección de mis amigos.

Tras una fatigosa caminata cuesta arriba, llego a su casa, sé que no me equivoco porque allí con-

tinúa aparcado su Renault 5 Copa Turbo azul, que gano hace 38 años en una de sus partidas de cartas amañadas.

Paso un largo rato quemando el timbre y nadie responde, por lo que decido salir a la calle y esperar. Cruzo la calle para sentarme en el arqueado y mugroso banco de toda la vida, cuando desde una ventana, la voz rota, desgarrada, pero aún bonita de la Mary suelta una de sus característicos saludos.

— Hola Matarile, ¿Qué se te ha perdido? Ya sé que has estado cinco años en el maco. ¿Qué pasa, qué estás tieso?

— ¡Ay Mary! Sigues siendo igual de encantadora.

— Anda, sube.

En estos 5 años, la Mary se ha echado encima 30 y comienzo a intuir que las cosas no han ido bien para los hermanos.

— ¿Qué tal el Cuco?

— Ahora regular, está trabajando.

— ¿Tu hermano trabajando? ¡Si hicimos el juramento de no conjugar ese verbo!

-Estoy enferma, necesito el dinero; como bien puedes comprobar no estoy para continuar con mi profesión y el Cuco ha perdido facultades.

— ¿Qué te ocurre Mary?

— Secuelas del oficio.

— No me digas que...

— Sida, para que engañarnos. Con el trabajo del Cuco pagamos los retrovirales.

— Tengo una cantidad gorda pendiente de recuperar. Puedes contar con lo que necesites en cuanto vuelva a mis bolsillos

— El botín del butrón. En nuestro ambiente todo se sabe. Y ya puedes estar atento, porque la pasma y algún caza recompensas van a estar pendientes de todos tus movimientos.

Ante mi cara de estupefacción, la Mary se ríe.

— No olvides que siempre queda algún contacto... Todavía hay personas que te aprecian y, como siempre has sido muy previsible, han dado por hecho que vendrías aquí.

Me tapo la cara, meso mis cabellos, suelto un juramento e intento tranquilizarme.

— ¿De qué trabaja el Cuco?

— Está de alondra en el mercado del Val.

— ¿En el Val?

Creo que mi cara ha dado un cambio tan brutal, que la Mary, que siempre ha sido más lista que

los ratones colorados, se da cuenta que algo tengo con el mercado.

— ¡No me digas que...!

— Sí, allí estaba, en un puesto abandonado.

— Es bueno que mi hermano esté allí.

— Por una vez, es posible que nos sonría la suerte.

El fin de semana lo comparto con mis amigos de la infancia, tres niños traviesos, pero buenos, a los que la vida les llevó por derroteros marginales y delictivos, pero que aún se tienen ley, como se dice en el argot.

Me encoge el alma, me enrabieta el corazón y me duele la vida, ver a mi amiga en ese estado. Como en casi todos los aspectos de nuestra sociedad la mujer siempre pierde, carga con la peor mochila.

El domingo al mediodía vuelvo a Valladolid, con una bolsa de ropa de albañil que me ha prestado el Cuco, con la moral hecha jirones, porque no puedo parar de rememorar imágenes de nosotros tres, cuando aún éramos puros, inocentes, limpios.

Al bajar del autobús, al lado del puente colgante, observo como dos tipos, -con una pinta de maderos novatos-, no me quitan ojo. Como soy precavido, regreso a la estación, me siento en la cafetería a tomar un café.

Los dos pipiolos siguen cerca, convencidos de ver sin ser vistos. Espero que sean los asignados a mi seguimiento, son pan comido. Miro la hora, me doy cuenta que tengo que apresurarme si quiero llegar al albergue del paseo del hospital militar a una hora prudente para coger un sitio decente, comenzar a pergeñar mi plan de despiste, recogida y ocultación.

Tras la ducha, me siento a tomar el rancho nocturno y con rapidez voy a mi litera para poder pensar. Hay personas que dicen que con el estómago lleno no se discurre bien, pero puedo asegurar, por propia experiencia, que cuando está vacío, es muchísimo peor.

Dudo entre escaparme esta noche o engañar a los sabuesos y llevarlos a un lugar equivocado, en el que puedan hacer sus cábalas. Tengo que decidirme en breve, porque el tiempo en el mercado del Val corre en mi contra. No me gustaría que algún escamocho encontrara lo que es mío o que se quedara enterrado para siempre.

Pido permiso al responsable para salir un momento, porque me duele mucho la cabeza y ne-

cesito un poco de aire puro. Tras dudar un instante abre la puerta del albergue.

Tras asegurarme que no tengo compañía, comienzo a caminar en dirección a las obras del Val. Para que la búsqueda sea más sencilla y no desorientarme en exceso cuando esté dentro, llego a las obras por la misma calle que hace cinco años. Confirmando que más o menos es el lugar por el que debo entrar. La iluminación de la calle me ayuda a situarme, y parece que la suerte está de mi lado, porque hay un pequeño trozo de valla rota, con el espacio suficiente para colarse por él.

Cuando el día vuelve a vivir, vuelvo a salir por el mismo hueco, ¡con mis quinientos mil euros en la mano! Logro vencer la euforia, soy prudente, y me evado con diligencia al asegurarme que no hay riesgo.

Para evitar disgustos, y debidamente camuflado, con el pelo teñido, bigote y patillas postizas, culminando mi transformación una papela falsa que me ha proporcionado una de las pocas personas en las que aún puedo confiar, a la que, por supuesto 'agradezco' generosamente su ayuda, tomo el Ave con destino Madrid, lugar al que es de pura lógica no voy a llegar en este medio de locomoción. Abandono el tren en la estación de Segovia, donde alquilo un vehículo en el que me traslado a Granada, ciudad ideal para pasar desapercibido unos días.

Pasado un mes, y nuevamente a través de un contacto que algún favor me debe, tengo junto a mí a la Mary y al Cuco, primer paso del futuro halagüeño que estoy preparando.

Mientras la Mary es tratada por un reconocido especialista en VIH, estoy moviendo hilos con la intención de lograr la concesión de uno de los mejores locales del nuevo mercado para que sea gestionado por ella, para que no vuelva a agachar la cabeza ante nadie y mire de frente a todo el mundo.

Por una vez quiero hacer las cosas, no bien, perfectas, y para ello he contratado a una prestigiosa agencia que se está encargando de los farragosos trámites que estos asuntos siempre conllevan.

Todo está a nombre de la Mary, porque cualquier euro a mi nombre es la pista para que me quiten lo que me ha supuesto cinco años de cárcel y le quiten a ella su nueva vida.

El destino, la vida, o lo que sea, es cíclico, nos vuelve a reunir tras muchos vaivenes, espero que sea definitivamente, porque estoy cansado, vapuleado, corneado, todo lo malo que termine en -ado. Necesito vivir en paz, no sobresaltarme cada vez que me piden la documentación, o cuando me obsesiono con que alguien me vigila. Con estos cinco últimos años he cumplido con la justicia y deseo fervientemente no volver a pisar el talego, y que la Mary, y el Cuco compartan esta llamémosle 'felicidad'.

Noviembre de 2016

Se inaugura el nuevo mercado, el alcalde y demás autoridades allí presentes dan prestigio y formalidad al nuevo Mercado del Val. Allí estamos nosotros tres, la Mary como propietaria del mejor local del nuevo mercado, el Cuco, y yo, 'el Matarile', porque me guste o no, me conocen por ese apodo y con él me iré a la tumba. Debo decir que el mote viene por la costumbre que tenía de decir 'te voy a dar matarile', cosa que por supuesto nunca hice con nadie.

Estoy deseando que acabe toda la ceremonia de inauguración, me encuentro incómodo, fuera de lugar. No sé si poner las manos atrás, delante, en los bolsillos, no entiendo muchas de las palabras que emplean.

Me ayuda mucho la Mary, porque aprendió modales y saber estar es sus buenos tiempos de profesión en Madrid.

A la semana de la inauguración, decido marcharme una temporada, dejando el negocio en manos de mis socios, la Mary y el Cuco. Comienzo una nueva vida en una ciudad en la que nadie me conoce, incluyendo en esto a la poli y los picos. Entre los beneficios que aporte el negocio y la renta del sobrante de la inversión, vamos a vivir de cine, sobre todo yo, que voy a pisar poco Valladolid.

La Mary está completamente recuperada, la medicación ha frenado la enfermedad y ha logrado convertirla en crónica, sin riesgo para su vida. El Cuco, tras probar lo duro que es el pico y la pala, se vuelca en ayudar a su hermana, olvidando las partidas amañadas, aunque también ha sabido comprender que está viejo y enseguida le pillan.

Espero que el negocio siga prosperando, para que mis socios y amigos puedan acompañarme en este apacible retiro. La verdad es que estoy un poco cansado de pasar días enteros hablando exclusivamente con las dependientas del super o el camarero del bar donde como a diario.

Como epílogo debo decir que la policía y los detectives han dado por perdido el botín; aunque sospechan que parte de él está invertido en el puesto, no han podido tirar del hilo. La Mary ha tenido que pagar una fuerte multa por no haber declarado a Hacienda los 500.000 euros ganados en sus 20 años de cotizada prostituta.

Ilustración: Pablo Moncloa

